
Placenta, micelio y sabiduría rizomática: Narrativas de ofrenda ritual y epistemología del cuidado en la partería andino-tropical.

Alejandra Madroñero Borrero¹

Recibido el 21/03/2024

Aprobado el 30/03/2025

Cómo citar este artículo:

Madroñero-Borrero, A. (2025). Placenta, micelio y sabiduría rizomática: Narrativas de ofrenda ritual y epistemología del cuidado en la partería andino-tropical. *Trans-pasando Fronteras*, (22).
<https://doi.org/10.18046/retf.i22.7361>

1 Estudiante de Antropología y Psicología en la Universidad ICESI.

Resumen

Esta reflexión aborda el ciclo recíproco de origen y retorno en la práctica ritual de devolver la placenta a la tierra, una tradición vigente en la partería andino-tropical. A partir de reflexiones teóricas y personales, se indaga en cómo la ofrenda y el intercambio de saberes, articulados en un entramado de prácticas y rituales compartidos, configuran una ecología del don, otorgando significados profundos al nacimiento y fortaleciendo las interacciones entre lo humano y lo no humano enraizadas en el territorio. Desde una aproximación a la medicina de la tierra como un saber ancestral, sostenido en el tejido comunitario y en el cuidado de la vida desde el vientre, este texto examina el papel de las mujeres como guardianas de estas prácticas. En esta línea, se explora cómo los vientres de las mujeres y los de la tierra conforman un sistema simbiótico de sustento y regeneración, donde raíces y memorias se entrelazan en una continuidad que vincula al ser humano con las fuerzas vitales del entorno natural.

Palabras clave: Partería tradicional, ecología del don, placenta, ofrendas rituales, medicina de la tierra, vínculos humano-tierra, memoria telúrica, etnografía de la partería.

Abstract

This reflection explores the reciprocal cycle of origin and return in the ritual practice of returning the placenta to the earth, a living tradition in Andean-Tropical midwifery. Drawing on both theoretical and personal insights, it examines how offering and the exchange of knowledge—woven through shared practices and rituals—constitute an ecology of the gift, imbuing birth with profound meanings and strengthening the interactions between human and non-human beings rooted in the territory. Approaching earth-based medicine as ancestral knowledge sustained by community ties and the care of life from the womb, this text highlights the role of women as guardians of these practices. In this sense, it explores how women’s wombs and the earth’s womb form a symbiotic system of nourishment and regeneration, where roots and memories are intertwined in a continuity that binds human beings to the vital forces of the natural world.

Keywords: Traditional midwifery, gift ecology, placenta, ritual offerings, earth medicine, human-earth connections, telluric memory, ethnography of midwifery.

Esta investigación se inscribe en la convergencia entre la antropología sociocultural y una reflexión situada sobre los significados que adquiere el nacimiento a partir de distintas visiones de la partería, desde la certeza de que los procesos vitales como el nacer no se configuran como hechos meramente fisiológicos, sino como acontecimientos profundamente entrelazados con tramas afectivas, culturales e históricas. Desde una perspectiva de corporalidad situada y en diálogo con las epistemologías del sur, el texto propone una lectura del parto y sus prácticas asociadas como expresiones vivas de saberes encarnados¹ que resisten la fragmentación impuesta por el conocimiento hegemónico y afirman diversas modalidades de existencia, relación y cuidado.

En coherencia con esta perspectiva, el texto se organiza en tres secciones entrelazadas que permiten desplegar distintas dimensiones del tema abordado. La primera, “La placenta como ofrenda y ecología del don”, indaga en los sentidos simbólicos, espirituales y políticos del acto de practicar su disposición ritual, articulando sus resonancias con el micelio como red de sostén y reciprocidad vital. “Entre memorias corpóreas y telúricas”, explora la placenta como archivo vivo de vínculos, afectos y memorias, destacando cómo las parteras la leen como un cuerpo liminar que condensa las huellas del proceso gestacional y transmite, en sus texturas y señales, fragmentos de una experiencia encarnada. Finalmente, la tercera sección, “Donde germina la oscuridad...”, propone una aproximación rizomática a los saberes encarnados, territoriales y más-que-humanos que emergen desde la placenta y el micelio como cuerpos insurgentes, abriendo una reflexión sobre las formas de conocimiento que brotan en la sombra, se expanden en lo subterráneo y sostienen la vida desde los márgenes.

La placenta como ofrenda y ecología del don

Enterrar la placenta como acto de retorno es un gesto cargado de significado, que va más allá de lo ritual. Es una reafirmación sensible del lazo entre lo humano y lo más-que-humano, entre la experiencia vivida y su sustento material, entre la historia colectiva y las cosmovisiones tradicionales que persisten. Este acto encarna una relación de interdependencia vital: lo que se entrega no desaparece, sino que se reintegra al ciclo de la vida. Lo hace bajo una lógica de reciprocidad, similar a la del micelio: esa red subterránea que enlaza árboles, raíces y minerales, facilitando el intercambio de nutrientes, señales y continuidad entre especies. La placenta, como el micelio, puede entenderse

1 Los saberes encarnados refieren a formas de conocimiento que habitan el cuerpo y se expresan en la práctica, la sensibilidad, el gesto o la ritualidad, y no exclusivamente en el lenguaje escrito o formal

como una infraestructura de sostén. En ella se cruzan cuerpos, genealogías y territorios. Desde esta perspectiva, deja de ser comprendida únicamente como un órgano biológico para devenir guardiana simbólica de herencias culturales y dispositivo relacional de regeneración. Como señala Marisol de la Cadena (2015), estos vínculos no emergen dentro de un único régimen de realidad, sino del entrelazamiento de mundos ontológicamente diversos que coexisten sin reducirse entre sí. Así, regresarla al vientre de la tierra no solo reafirma un compromiso espiritual, sino que inscribe el nacimiento en un ecosistema relacional de vida-muerte-vida, donde la existencia humana se sostiene en alianzas múltiples con presencias tangibles y potencias no humanas.

En coherencia con lo anterior, reducir la comprensión de la placenta a su dimensión fisiológica implica invisibilizar los sentidos culturales, simbólicos y espirituales que adquiere en muchas comunidades. En estos contextos, el acto de ofrecer la placenta como semilla de retorno no constituye únicamente una práctica ritual cargada de sentido, sino también una forma de posicionamiento ético, político y relacional frente al mundo. Esta forma de disposición reconfigura el nacimiento como un acontecimiento situado, que entrelaza cuerpo, territorio y memoria, distanciándose de las lógicas hegemónicas que fragmentan la experiencia del parto, desvinculan el cuerpo de su entorno y convierten los fluidos, y los restos implicados en material que se reduce a las lógicas del descarte. Como plantea Foucault (1976) el poder disciplinario se ejerce a través de una biopolítica que administra la vida, delimitando qué cuerpos y qué materiales deben ser preservados, y cuáles pueden ser descartados. En este marco, la placenta —único órgano transitorio del cuerpo humano, que nace, crece y muere—, una vez cumplida su función fisiológica, es dispuesta por la medicina alopática como residuo biológico. Esta clasificación no necesariamente niega su sentido, pero responde a una lógica técnica e institucional que opera bajo otros regímenes de significación.

En los contextos urbanos contemporáneos, el nacimiento ha sido progresivamente medicalizado y gestionado bajo lógicas tecnocráticas que lo inscriben en protocolos estandarizados, priorizando la eficiencia técnica por encima de la experiencia vital y comunitaria. Este desplazamiento desde lo territorial hacia lo institucional ha transformado el parto en un procedimiento clínico, desligado muchas veces de su dimensión social, ecológica y relacional. Sin embargo, esta transformación no puede entenderse como un proceso meramente técnico o neutral, sino como parte de una historia más amplia de exclusión de los saberes femeninos, ancestrales y populares, que durante siglos sostuvieron el arte de cuidar y atender los nacimientos. Las mujeres que oficiaban como herbolarias, parteras o comadronas acompañaban partos y enfermedades, pero además encarnaban una forma de medicina empírica, tejida en la experiencia y transmitida por vía

oral. Esta práctica ancestral fue progresivamente desplazada por modelos institucionales masculinizados, jerarquizados y centrados en el saber técnico. Lo que antes circulaba como saber compartido entre mujeres fue progresivamente marginado, redefinido como brujería, superstición o ignorancia. Aun así, muchas de estas prácticas han persistido, habitando los márgenes y reconfigurándose ante nuevos contextos. Así, mientras algunas parteras siguen ejerciendo desde marcos comunitarios normativos, otras han llevado sus conocimientos a contextos urbanos, adaptando y resignificando rituales en diálogo con nuevas condiciones de vida. En este horizonte, la placenta, lejos de desaparecer como un desecho, se transforma en ofrenda viva, reingresando al entramado simbólico y territorial como un acto que desafía la lógica del descarte y restituye sentido, continuidad y cuidado.

Investida como portadora de legado y continuidad, la placenta es entendida en múltiples tradiciones como un vínculo entre el cuerpo, la tierra y los linajes que la preceden. En continuidad con las prácticas de partería que resignifican el parto como un acontecimiento territorial y relacional, la placenta no solo sostiene la vida: marca el tránsito entre un estado y otro, entre lo que aún no es y lo que está por ser. Desde esta perspectiva, su devolución a la tierra no constituye un simple cierre, sino un acto de restitución y continuidad, un eco de los ritmos naturales donde nada muere del todo, sino que se transforma. En cada muerte hay un nacer, canta Alonso del Río en su canción *El Abismo*, recordándonos que cruzar los umbrales de la vida implica atravesar la incertidumbre, permitir que lo conocido se desmorone y entregarse a aquello que nos rebasa. Entregarnos al propósito de lo incierto. Así, el abismo no es solo caída, sino apertura: un punto de no retorno donde lo que éramos se transfigura en lo que podemos llegar a ser. En esa lógica, el nacimiento se presenta como el primer abismo que encarnamos, un acto que literalmente nos desborda, amplificando los límites de aquello que nos contuvo. Y en ese umbral, la placenta —órgano guardián, efímero y vital— cumple su última función: morir para dar paso a la vida.

Esta comprensión del abismo como tránsito se enraíza en múltiples tradiciones rituales y, al mismo tiempo, dialoga con las enseñanzas de María Isabel Galindo, antropóloga y maestra cuya práctica encarnaba una forma de conocimiento que no se limitaba al archivo, sino que brotaba de la escucha radical al mundo. Su insistencia en pensar desde los márgenes, desde las corporalidades silenciadas y desde los vínculos con la tierra, resuena con las tradiciones de partería que este texto ha venido explorando: conocimientos que no temen habitar la intemperie, que se sostienen en la porosidad y en la ofrenda. Marucha comprendía el saber cómo tránsito, y el tránsito como posibilidad de regeneración. Desde su legado, se reafirma que reanudar el diálogo entre placenta y territorio, no es un acto simbólico aislado, sino una pedagogía del cuidado que, como el micelio, se

expande en la oscuridad fértil para sostener otras dimensiones de la vida. Su pensamiento, en este sentido, ha nutrido este texto como una raíz profunda que acompaña el alumbramiento de otras formas de mirar, de sentir y de escribir.

Entre memorias corpóreas y telúricas

En múltiples culturas, la placenta ha sido concebida como un puente entre el cuerpo y la tierra, un archivo material que inscribe la historia vital del nacimiento en el territorio. (Robin, 2014), en su obra *Placenta, el chakra olvidado*, evoca una metáfora de origen que condensa esta mirada: «los relatos de nuestra creación nos hablan de la Madre Tierra dando a luz al mundo: su fluido amniótico se convirtió en océanos, y la placenta se convirtió en el árbol de la vida» (p. 17). Esta imagen resuena con diversas prácticas tradicionales alrededor del mundo: en Nueva Zelanda, los maoríes utilizan el término *whenua* tanto para referirse a la placenta como a la tierra, y la entierran junto a un árbol para simbolizar la conexión espiritual del recién nacido con su territorio (Pere, 1991); En Bali, la placenta es concebida como un acompañante espiritual del bebé, y su enterramiento ritual protege el vínculo con los ancestros (Wiener, 1995). En algunos relatos orales sobre prácticas vietnamitas, la placenta —conocida como *áo nhau*, que puede traducirse como “primer abrigo”— es enterrada como un acto simbólico de protección y conexión con el entorno. Estas modalidades de disposición revelan una concepción ampliada del nacimiento, donde la placenta no es un resto biológico sino una entidad relacional que entrelaza cuerpo, linaje y territorio. Este vínculo no es solo colectivo y simbólico, sino también íntimo y corporal, inscrito en el propio modo de habitar el cuerpo.

Comprender la potencia simbólica de estas prácticas exige, al mismo tiempo, una concepción del cuerpo que desborde lo anatómico y lo reconozca como un lugar de inscripción vital —un espacio donde se entretujan funciones fisiológicas, registros, vínculos y dimensiones afectivas frecuentemente escindidas en las lógicas biomédicas. Nombrar a la placenta ya conlleva una carga dotada de significantes abiertos: en nuestro idioma, el término placenta proviene del latín *placenta*, que hacía referencia a una torta redondeada y plana, y que a su vez deriva del griego *plakóenta*. Esta denominación, documentada en tratados médicos del siglo XVI, refleja una mirada centrada en su apariencia física, pero desprovista de significación simbólica. La imagen de lo “placentero” se asocia más al aspecto físico que a su papel vital, aunque curiosamente también resuena con el momento del alumbramiento, en el que este órgano es expulsado en medio de un cóctel de oxitocina y otras hormonas que acompañan la culminación del parto. En muchas culturas, la placenta es comprendida

como algo más que tejido: es vínculo.

Esta ampliación de sentido no niega su dimensión fisiológica; al contrario, permite integrarla en un campo más amplio de significación. Desde esta perspectiva, la placenta —órgano transitorio y vital— constituye el primer sostén de la vida humana. Aunque su existencia es limitada, su rol es fundamental: actúa como mediadora entre el cuerpo materno y el feto, permitiendo el intercambio de oxígeno, nutrientes e información inmunológica (Benirschke, Burton, & Baergen, 2012). Más allá de su fisiología, ha sido concebida en numerosas culturas como un doble del recién nacido o una entidad simbólica que porta la historia del linaje. Desde sus primeras fases de desarrollo, evoluciona de un cúmulo de células indiferenciadas a un órgano altamente especializado, con funciones endocrinas, metabólicas e inmunológicas esenciales para el sostenimiento de la gestación. Alrededor del día cien de embarazo, su morfología adopta la forma definitiva de un árbol de vida: las vellosidades coriónicas se extienden como raíces, anclando el crecimiento fetal al cuerpo materno y garantizando el intercambio de sustancias vitales. Este diseño estructural, sin limitarse a su eficacia biológica, ilustra la conexión profunda entre el nuevo ser y su linaje, trazando en cada arteria y vena un mapa de interdependencia que, al término de la gestación, se interrumpe físicamente, pero no simbólicamente.

Retomar la idea del cuerpo como frontera móvil y significante abierto permite profundizar esta lectura: la placenta puede comprenderse más allá de su dimensión anatómica, como un objeto transicional —un cuerpo otro— cuya interpretación se hace posible dentro de cosmovisiones que reconocen que el cuerpo no se agota en su materialidad. En estos marcos simbólicos, el lenguaje no es solo una herramienta de nombramiento posterior, sino una práctica viva que configura el mundo. Como señala (Castro, 2016), el cuerpo se constituye como tal al ser nombrado, al ser tocado por el lenguaje, que es también un lenguaje del deseo y de la falta. De ahí que lo que la biomedicina categoriza como residuo biológico, en otros modos habitar el mundo, se reconozca como signo, como eco, como mensaje cifrado.

Comprender el nacimiento como un proceso extendido implica reconocer que no culmina con la salida del bebé, sino que continúa hasta el alumbramiento de la placenta, concebido por muchas mujeres como un “segundo parto” que puede ocurrir hasta dos horas después, atravesado por nuevas contracciones, flujos y movimientos internos (Alarcón Lavín et al., 2021). Este tiempo posterior al nacimiento no es un simple desenlace fisiológico: se trata de un umbral delicado en el que la placenta, órgano vital que ha sostenido la gestación, debe ser despedida. Sin embargo, en

ocasiones, el cuerpo parece aferrarse a ella, abriendo un intervalo de espera que tensiona la linealidad biomédica. La retención placentaria, lejos de ser solo una complicación obstétrica, puede ser leída — desde la práctica de muchas parteras— como un eco somático de memorias profundas ligadas al linaje materno. En ese umbral, el cuerpo gestante requiere de un acompañamiento cálido y respetuoso, donde el tacto no es técnico sino gesto de escucha. La placenta que no se suelta enseguida parece portar silencios no dichos, emociones estancadas, vínculos inconclusos que piden ser reconocidos antes de partir. Acelerar su salida puede implicar una violencia sutil que interrumpe los ritmos del cuerpo. Por eso, honrar su tiempo es también honrar la soberanía corporal que habita ese trance: una ética del cuidado que no apresura, que no clausura, que acompaña el desprendimiento como parte viva del nacimiento.

Una vez expulsada, la placenta no se desecha: se lee. Las parteras y sabedoras del arte de custodiar el nacer y el morir no se limitan a asistir la salida de este órgano; lo interpretan desde su espesor sangrante, sus texturas tibias, las formas de inserción del cordón, los nudos, los tonos, las marcas. Cada placenta condensa una historia singular: es un cuerpo liminar que guarda lo vivido sin palabras, un oráculo de sangre que susurra lo que aún no puede decirse. Esta práctica —que algunos podrían deslegitimar como superstición— responde, en realidad, a una racionalidad terapéutica profundamente coherente, inscrita en lo que (Beneduce, 2006) define como pluralismo médico: el reconocimiento de que existen múltiples perspectivas de entender el cuerpo, la enfermedad y la cura, cada una con su lógica interna, su eficacia y su valor simbólico. En palabras del autor, “estas dinámicas conceptuales [...] contribuyen a que se incremente aquella flexibilidad cognitiva y pragmática que caracteriza la investigación de las curaciones; una flexibilidad que en la literatura médico-antropológica se define como pluralismo médico” (p. 92). Leer la placenta, entonces, no es un gesto poético sin función ni una práctica sin fundamento: es una forma legítima de conocimiento inscrita en otra episteme, en otra racionalidad de lo vivo, donde el cuerpo se escucha como signo y el cuidado se ejerce también como interpretación. Como “tercer cuerpo efímero”, su entrega marca un momento de lectura y despedida ritual. Cada placenta habla: condensa lo vivido sin palabras, cerrando el círculo de un nacer compartido.

Esta legitimidad plural, que reconoce múltiples racionalidades terapéuticas, abre el campo para comprender que la lectura que hacen las parteras de la placenta no es un gesto arbitrario, sino parte de una episteme relacional enraizada en estrategias de cuidado comunitario. En América Latina, esta práctica ha sido sostenida por mujeres indígenas, afrodescendientes y campesinas, cuyo saber no se basa en la lógica diagnóstica, sino en una escucha corporal y simbólica que interpreta silencios, texturas y señales inscritas en un cuerpo que ha sostenido la vida. Si la placenta guarda

el registro del origen, las parteras son sus lectoras y custodias: sostienen los umbrales del tránsito y traducen en saber lo que la tierra devuelve. Más que una técnica, la partería encarna una forma situada de conocer, cultivada en la oralidad, la experiencia y el vínculo con el entorno. Como plantea De Sousa Santos (2009) los saberes excluidos del canon científico no carecen de validez, sino que han sido marginados por estructuras de poder que jerarquizan el conocimiento. La práctica de las parteras, en este sentido, resiste ese silenciamiento y, al mismo tiempo, afirma una ontología distinta, donde lo humano y lo más-que-humano se enlazan en una misma trama de sentido.

Comprender la partería como un saber subalternizado es también reconocer su potencia política. En su ejercicio cotidiano, las parteras encarnan modos de vida que interrumpen la normalización del despojo, la instrumentalización de los cuerpos y la fragmentación del conocimiento. Su práctica cuida la vida y la afirma desde una ética relacional que escapa a las taxonomías del poder. Esta forma de cuidado, lejos de los moldes coloniales de la razón instrumental, encuentra una afinidad profunda con lo que (Rivera Cusicanqui, 2010) denomina pensamiento-acción: una práctica encarnada que se opone al “archivo colonial del saber” y reescribe la historia desde las tramas comunitarias, los ritmos del cuerpo y las marcas de la tierra. Para Cusicanqui, las resistencias no siempre se articulan desde la confrontación directa, sino desde la persistencia de modos otros de vivir, cuidar y conocer, que rehúyen la lógica del exterminio y afirman, con ternura radical, el derecho a existir desde la diferencia.

En sintonía con esta perspectiva, (Galindo, 2019) nos invita a pensar el ejercicio vivo de la partería no como un vestigio del pasado, sino como una práctica regenerativa que reactiva el ardor de memorias de enseñanza y aprendizaje que se creían silenciadas. Sus caminos “otros” revelan posibilidades negadas por los lenguajes dominantes: nos devuelven la capacidad de confiar en el propio poder en estrecha intimidad con elementos y fuerzas cuya agencia no buscamos domesticar, sino potenciar y emular. A diferencia del miedo y la repulsión que impone la obsesión por subyugar las tradiciones y los saberes “otros”, aquí el cuidado se abre como una alianza: una forma de estar en el mundo que no fragmenta, sino que escucha. Como señala Marucha, la agencia humana no puede separarse de “una naturaleza en incesante transformación mediante una trama que es al mismo tiempo tejido e historia” (Galindo Orrego, 2019, p. 32). Es justamente en esa trama donde se entretajan prácticas de cuidado que no fragmentan al mundo, sino que lo escuchan y lo habitan en su complejidad.

Una de las expresiones de resistencia encarnada es la que propone Saraswati Geraldine

Zambrano, fundadora de la Escuela Biopartera: escuela de partería naturalista biofocalizada en pluricosmogonías ancestrales del eje andino-tropical. Desde esta perspectiva, surge la noción de partería andino tropical, una apuesta epistemológica y política que reivindica prácticas de acompañamiento al nacimiento enraizadas en territorios compartidos por pueblos de Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Colombia. Esta forma de cuidado plural, sostenida en conocimientos encarnados que entrelazan cuerpo, entorno vivo y espiritualidad, no pretende unificar, sino acoger la diversidad de ecosistemas donde se inscriben los ciclos de la vida y la muerte: la selva, el páramo, la montaña y los ríos. En estos territorios, el cuidado no se limita a la asistencia técnica del parto, sino que se expresa como una forma de escucha sensible y situada que interpreta las huellas inscritas en el cuerpo y en la tierra como parte de un continuo vital. En esta ontología relacional, cada placenta devuelta al suelo común no porta únicamente restos biológicos, sino una memoria telúrica que antecede y excede a quien nace. Esta forma de acompañar el nacimiento adquiere expresiones particulares según los ecosistemas y las cosmovisiones que los habitan.

En el contexto del pueblo Misak, por ejemplo, la siembra de la placenta constituye una práctica ancestral que afianza la pertenencia del recién nacido al territorio y a la familia materna. Esta siembra se erige también como una pedagogía del arraigo: se entierra en un lugar específico de la casa —una esquina determinada— con la certeza de que, al crecer, la niña o el niño sabrá volver. En esa placenta sembrada no yace un resto, sino una brújula viva que orienta al ser en su camino de retorno, evocando que quien nace pertenece también al suelo que lo recibe. Por otra parte, en las alturas del altiplano, el pueblo Mhuysqa resguarda una cosmovisión donde la placenta no es solo un vínculo con la tierra, sino una presencia espiritual activa. Allí se le reconoce como una abuela: una guía que, aunque enterrada como pago a la tierra el mismo día del nacimiento, permanece viva como consejera. En esta tradición, la placenta sembrada se convierte en un punto de contacto entre quien ha nacido y la sabiduría ancestral. Cuando el niño o la niña enfrenta momentos de extravío o incertidumbre, puede regresar simbólicamente a ese lugar para pedir orientación, recordando que el cuidado se prolonga a través de una memoria telúrica que acompaña durante toda la vida.

En la costa pacífica colombiana, donde las lluvias golpean los techos como tambores antiguos y el paisaje sonoro impregna los nacimientos con una fuerza vital rítmica, la disposición ritual de la placenta se materializa en prácticas como la ombligada. Este saber ancestral transforma el ombligo en un punto de inscripción de facultades, donde se aplican elementos como el pico del águila, la uña del jaguar, el alacrán tostado o la hoja de nance, cada uno con una intención precisa: transmitir fuerza, agilidad, visión, resistencia. No se trata de supersticiones sino de un lenguaje material y simbólico que interroga el futuro desde el cuerpo, tallando en él un pacto de continuidad, herencia

y pertenencia.

Donde germina la oscuridad

La humedad que emana del cuerpo al comenzar su descomposición es precisamente la que exige el acto de germinar. Esta condición no representa un resto inerte, sino una potencia de transformación que reconfigura la vida en los vientres de la tierra. Como ha sido mencionado, las diversas maneras de disposición ritual de la placenta no responden a una lógica utilitaria, sino que la inscriben en una economía moral y simbólica del cuidado, donde actos como dar, recibir y devolver están cargados de sentido. Como plantea (Mauss, 2009), los dones nunca son enteramente gratuitos: circulan, crean vínculos y compromisos, y transforman a quienes los dan y a quienes los reciben. Leída desde esta clave, la placenta deja de ser únicamente un órgano destinado al enterramiento y se reconoce como un don que activa un circuito de reciprocidades que atraviesan lo biológico, lo espiritual y lo comunitario. Su entrega, lejos de clausurar un ciclo, constituye una práctica viva de vinculación, donde el cuerpo ofrecido no se extingue, sino que deviene alimento, memoria y gesto de cuidado extendido.

La placenta y el micelio constituyen maneras de territorialidad viviente que se expanden en múltiples direcciones, enraizando la existencia humana en un entramado rizomático de relaciones interdependientes. Ambos comparten un origen en la oscuridad en que nace la vida, una expansión silenciosa, una arquitectura de vínculos que rehúye la lógica lineal. Su forma de operar desafía los regímenes de visibilidad hegemónicos y los modos instituidos de legitimación del saber. A través de una aproximación que entrelaza el trabajo etnográfico con la escucha atenta de las materialidades vivas, se ha querido subrayar que estas epistemologías situadas—largamente despojadas de su densidad simbólica— constituyen el corazón de una epistemología relacional, que encuentra en el cuidado, el rito y la reciprocidad los ejes de su fuerza política y existencial.

En esta historia de resistencia, los saberes no se instituyen en el archivo ni en la escritura oficial, sino en las memorias que, al margen de la Historia con mayúscula, se transmiten por vía oral, gestual y corporal. Son saberes encarnados, inscritos en la oscuridad fértil de la tierra, donde germina no solo la vida, sino también la potencia colectiva de lo que ha sido desautorizado. Esa oscuridad, como matriz, abriga, fermenta y transforma: es allí donde el micelio teje su red invisible, donde la placenta se entrega como don y donde el conocimiento brota no como abstracción, sino

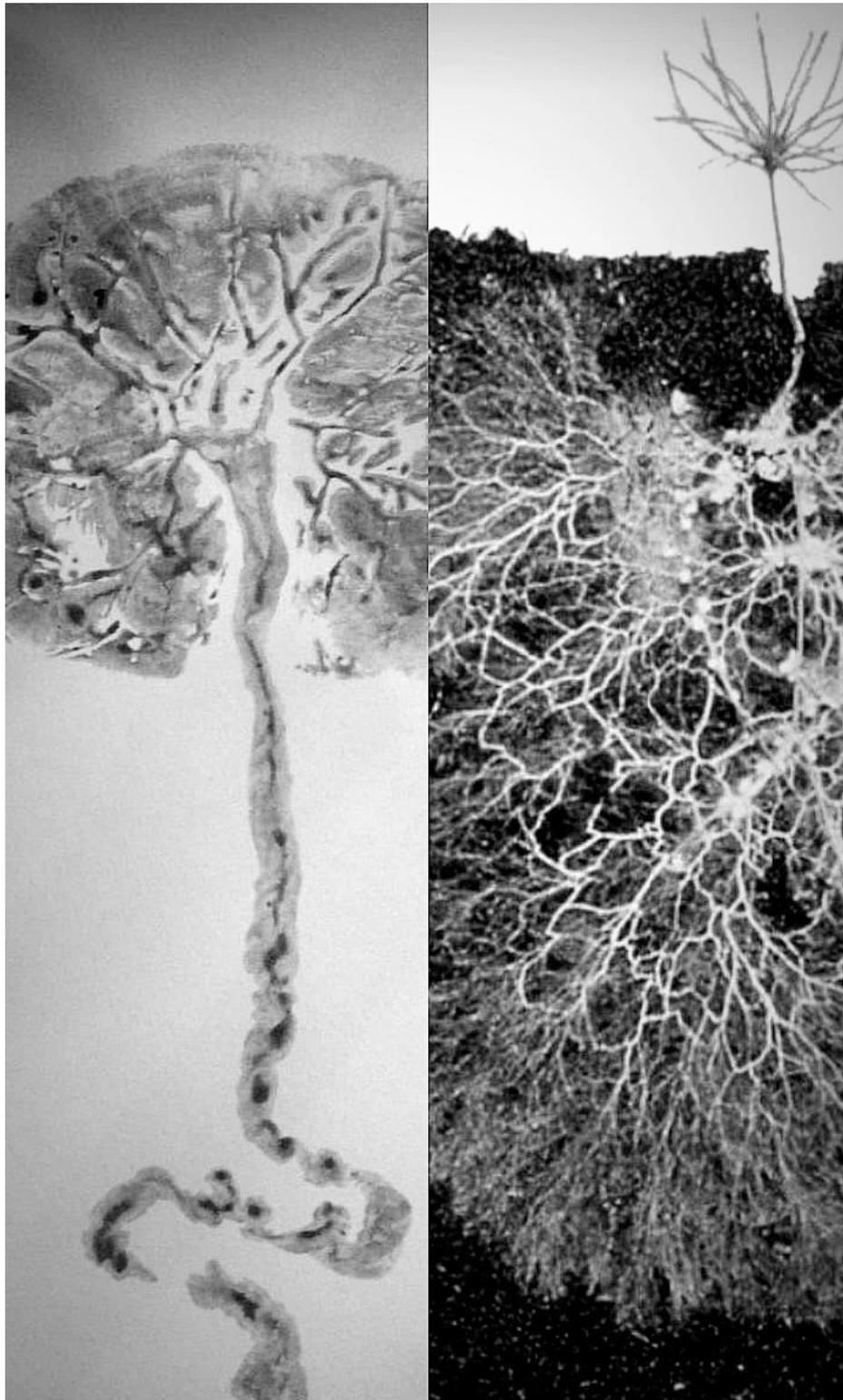


Figura 1. Raíces de vida

A la izquierda un print de placenta sobre un lienzo y a la derecha una ilustración del micelio.

Fuente: Archivo personal y Pinterest.

como experiencia encarnada. Como sugiere Tsing (2012), en los márgenes del mundo domesticado, el micelio crea huellas, memorias sensibles y paisajes afectivos que guían nuestros futuros encuentros. La micorriza, red de compañerismo subterráneo, nos enseña que las relaciones no se archivan: se regeneran. Como los hongos que brotan en lo que parecía inerte, recomponiendo lo devastado y haciendo del despojo un nuevo humus, o como la tierra que, en palabras de María Isabel, se reinventa en sus propios *warmis pachakutis*¹: esas sacudidas gestadas y paridas por mujeres, que trastocan con fuerza y determinación el mundo para abrir paso a otras formas de situarse frente a la vida. En esa trama donde la vida y la muerte no son opuestos, sino compases del mismo latido, cada nacimiento nos recuerda la posibilidad de confiar, otra vez, en la potencia regeneradora.

Desde esta ontología micelial, que rehúye los centros fijos y las estructuras visibles, se abre también la posibilidad de pensar desde el rizoma² en el sentido en que lo plantean (Deleuze y Guattari, 1980), implica desestabilizar las estructuras arbóreas del pensamiento occidental: sus jerarquías, sus orígenes únicos, sus trayectorias lineales. El rizoma —y aquí se halla su potencia política y ontológica para este texto— permite imaginar la vida como una multiplicidad abierta, como una red de conexiones heterogéneas que atraviesan cuerpos, temporalidades y territorios, sin sujetarse a un eje fundacional ni a una lógica de dominación. Esta forma de pensamiento, que rehúye la verticalidad y se despliega de modo horizontal, se vuelve fértil para comprender los saberes que se sostienen en la dispersión, el entrecruce y la vibración sensible de lo no dicho. Esta perspectiva ha sido retomada con fuerza por autoras como Navaro-Yashin (2013), quien muestra cómo los afectos, las materialidades y los objetos tienen agencia en la producción de conocimiento, reclamando así una forma encarnada y situada de saber. Pero también encuentra resonancia en propuestas como la de (Haraway 2016), quien al hablar de hacer parentesco (“making kin”) y de pensar con lo más que humano, nos invita a imaginar genealogías rizomáticas tejidas entre especies y texturas, donde lo político se cultiva en la posibilidad de imaginar afinidades inusuales entre cuerpos, especies y memorias, hilando un parentesco que no responde al linaje, sino al cuidado compartido de lo viviente.

Este recorrido ha estado también atravesado por una experiencia personal que no quiero —ni podría— separar del proceso reflexivo. Agradezco profundamente a las parteras con las que he

1 El término *warmi pachakuti* proviene de la cosmovisión andina y se traduce como el “cambio de era femenino” o “revolución femenina”. La palabra *warmi* significa “mujer” en quechua y aymara, y *pachakuti* hace referencia a un “giro del mundo” o “cambio profundo”.

2 Utilizo la metáfora del rizoma para ilustrar cómo el conocimiento y las prácticas de partería no se organizan jerárquicamente, sino que son dispersos, interconectados, y en constante reconfiguración, a lo largo de los territorios y las culturas.

caminado en los últimos cinco años. Parteras urbanas, del litoral y la montaña. Con ellas he enraizado una de mis búsquedas más hondas: la de encontrar sentido, ruta o norte a mis fascinaciones y darles forma a través de la academia. Caminando a su lado, he aprendido, que el conocimiento no se acumula como capital simbólico, sino que se cultiva como vínculo vivo; que la placenta no solo nutre: también narra; y que cada nacimiento traza sobre el territorio una grafía ancestral, una inscripción encarnada que entrelaza cuerpos, linajes y memorias. En ese gesto integrarla al tejido telúrico del mundo, como el micelio que disuelve y alimenta, reconozco una forma de escritura silenciosa, de preservación del saber que resiste al olvido y se afirma como continuidad. Esa comprensión se intensificó al acompañar de cerca la muerte de Maria Isabel... ese tránsito, lejos de ser clausura, fue también revelación. En los rituales compartidos, en los pagamentos a la tierra, en los silencios tejidos junto a otras mujeres, comprendí que la oscuridad no es ausencia, sino matriz fecunda. Que allí donde lo viejo se disuelve, también germinan otras formas posibles de vida y de sentido. Como la placenta enterrada o el micelio que reverbera en la humedad profunda, esta escritura no pretende cerrarse: desea permanecer como una huella, un gesto de escucha, de cuidado y de memoria encarnada. Que pulse, que enraíce, que continúe. Que esta escritura permanezca como micelio en reposo, dispuesto a brotar donde otra pregunta, otra placenta o una nueva pregunta convoquen su reactivación.

Referencias

Alarcón Lavín, R., Alarcón Salazar, T. A., Álvarez Romo, D., Aranda Miranda, V., Araya Morales, M. J., Brandão, T., ... Sieglin, V. (2021). *Las parterías tradicionales en América Latina: Cambios y continuidades ante un etnocidio programado*. San Juan, Puerto Rico: Editorial Luscinia C.E.

Benirschke, K., Burton, G. J., & Baergen, R. N. (2012). *Pathology of the human placenta* (6th ed.). Springer-Verlag Berlin Heidelberg. <https://doi.org/10.1007/978-3-642-23941-0>

Beneduce, R. (2006). Enfermedad, persona y saberes de la curación. Entre la cultura y la historia. *Anales de Antropología*, 40(1), 77–131.

Castro Sardi, X. (2016). *Cuerpo, subjetividad y tecnociencia: Una aproximación psicoanalítica*. Cali: Universidad Icesi.

Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores* (1.ª ed.). Buenos Aires: Tinta Limón.

De la Cadena, M. (2015). *Earth beings: Ecologies of practice across Andean worlds*. Durham, NC: Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv11smtkx>

Deleuze, G., & Guattari, F. (1980). *Mille plateaux*. Paris: Les Éditions de Minuit.

Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber* (1.ª ed.). México: Siglo XXI Editores.

Galindo Orrego, M. I. (2019). Viviendo con el mar: Inestabilidad litoral y territorios en movimiento en La Barra, Pacífico colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 55(1), 29–57.

Haraway, D. J. (2016). *Staying with the trouble: Making kin in the Chthulucene*. Durham & London: Duke University Press.

Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don: Forma y función del intercambio en las sociedades primitivas* (4.ª ed.). Buenos Aires: Katz Editores. (Obra original publicada en 1925)

Navaro-Yashin, Y. (2013). *The make-believe space: Affective geography in a postwar polity*. Duke University Press.

Pere, R. (1991). *Te Wheke: A celebration of infinite wisdom*. Ao Ako Global Learning.

Lim, R. (2014). *La placenta: El chakra olvidado*. Ob Stare.

De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. Siglo XXI Editores.

Tsing, A. L. (2015). *The mushroom at the end of the world: On the possibility of life in capitalist ruins*. Princeton University Press.

Wiener, M. J. (1995). *Visible and invisible realms: Power, magic, and colonial conquest in Bali*. University of Chicago Press.

Zambrano, S. G. (2023). *Placentarium: Ciencia y magia de las estructuras originarias*. Escuela Biopartera.